

A romantic couple is shown in a close embrace, lying on a bed of dry, brown autumn leaves. The woman, on the left, has her hair styled in a bun with a large, light-colored flower. She is wearing a dark, sleeveless top and black high-heeled shoes. The man, on the right, is shirtless and wearing a dark, sleeveless top. The background is a soft, out-of-focus landscape with more leaves and a hint of a sky. The overall mood is intimate and romantic.

EL  
CIELO  
BAJO  
TUS PIES

GARMEN NAVAS & VÍCTOR

La Ciudad. Año 2012. Tras la gran noche de entrega de los premios literarios de moda, Alexandra Nelli, escritora de éxito, recibe una misteriosa llamada de una desconocida apremiándola al cumplimiento de una promesa muy especial. Ella rechaza el llamamiento, pero al final, presionada por su agente literario y aquejada de un fuerte bloqueo mental que le impide volver a escribir tras el fulgurante éxito de su primera novela, se ve empujada a emprender un viaje hacia lo desconocido. Contra su voluntad, la escritora pone rumbo a La Villa, un remoto pueblo perdido en las montañas. Allí, auspiciada por sus habitantes e inmersa en un entorno poderoso, con el Roblón por epicentro, pondrá a prueba sus prejuicios y convicciones, y descubrirá que solo haciendo frente a sus temores más profundos del pasado, será posible avanzar hacia el futuro. Fiel a su estilo y su prosa directa, Carmen Navas Sánchez regresa con su segunda novela, «El cielo bajo tus pies», un homenaje a la vida rural y al disfrute de las cosas sencillas. Una historia emocionante sobre el deseo de libertad, el respeto, y el valor de la comunidad y la vida natural.

*A María, mi madre.  
Y a todas las mujeres valientes y luchadoras.*

Hay que ser valiente para vivir con miedo.  
Contra lo que se cree comúnmente,  
no es siempre el miedo asunto de cobardes.  
Para vivir muerto de miedo,  
hace falta, en efecto, muchísimo valor.

Ángel González, *NADA GRAVE*.

## 1

## Ni golpes que duelan

Aquel día, cuando recibí el primer puñetazo, me di cuenta de que para mí ya era demasiado tarde. Y sin embargo, no hice nada.

Después del primero, vendrían muchos golpes más. Sin haber sido invitada a la fiesta, nosotros iniciamos un viaje sin billete de vuelta hacia la destrucción que terminó aniquilando la que hasta entonces había sido una acomodada vida en común. O eso creía yo.

Hubo golpes físicos y también de los otros, los emocionales; esos que al final siempre dolían más. Durante aquellos ocho años que duró la pesadilla nadie supo jamás nada: ni mis padres, ni mis amigos, ni tampoco los compañeros de trabajo. Nadie. Me podía la vergüenza, y no quería que nadie supiera nada. Pensaba que al fin y al cabo él tenía toda la razón y yo merecía todo lo que me estaba haciendo. Hasta que un día, durante alguno de esos cada vez más raros momentos de lucidez, deduje que yo no era más que una muerta en vida.

¿Cómo llegamos a ese punto? Al principio todo fue normal.

Nuestra historia fue la misma tantas veces repetida todos los días en cientos de lugares a lo largo del mundo. Dos personas desarraigadas que se conocen en El Extranjero y que descubren que tienen gustos y apetitos comunes. Y claro, la atracción surgió de inmediato.

La primera vez que le vi me pareció un ángel de cabellos dorados que bien podría haber sido expulsado del cielo. Sus medidas eran casi perfectas, y parecía como si su cuerpo lo hubiera esculpido en mármol el mismísimo Miguel Ángel. Pero es que además era simpático y elocuente, el perfecto encantador de serpientes. Yo supongo que a los veintitantos tampoco estaba mal, y creo que un cuerpo esbelto y mi espesa cabellera rubia me facilitaron el ganar puntos sin demasiado esfuerzo. A nivel intelectual también teníamos mucho en común. En aquella época, mediados de los noventa, yo estaba en El Extranjero haciendo un postgrado en filología, y de paso, empapándome sin medida de aquel lugar. Él, en su caso, había sido fichado por una de esas grandes empresas editoriales ubicadas allí. Así que la atracción mutua que sentíamos no se limitó solo a la parte física, y al final, llevados por lo uno y lo otro, nos enamoramos sin remedio.

Era cuestión de tiempo que nos fuésemos a vivir juntos, y diría que los dos primeros años fueron maravillosos. Hasta que todo cambió.

¿De qué manera comienza una historia de violencia? Aún hoy, no sabría decir. Supongo que todo empieza con pequeñas señales, apenas perceptibles, que erróneamente se toman como muestras de amor: al principio, son esos celos injustificados y el control soterrado sobre la otra persona. Casi todas las víctimas, lo supe después, refieren las mismas historias, y es que con frecuencia ese príncipe encantador que te nubla los sentidos al final deviene en monstruo.

En mi caso, al principio, su forma de controlarme resultaba agradable, y diría que incluso halagadora. Comenzó a interesarse por todo lo que yo hacía durante el tiempo que estaba fuera de casa, con quién trabajaba, con quién salía o con quién hablaba por teléfono. Y yo, tonta de mí, pensaba que todo ese interés venía a demostrar que él me amaba de verdad y que estaba con el hombre de mi vida. Me consideraba afortunada. Pero al poco comenzaron las reprobaciones, los desprecios y los insultos. Día sí, día también, no tenía ningún problema en faltarme al respeto.

Y así, subimos de nivel.

En los meses siguientes nada mejoró. En apariencia, nuestras vidas seguían igual, y todos nuestros conocidos siguieron pensando que nuestra convivencia era ejemplar. Él tenía dos caras: una era la pública, y la otra era esa que solo conocía yo. Con la primera, se mostraba amable, cariñoso, agradable y siempre encantador. Luego, cuando estábamos solos en casa al abrigo de nuestras gruesas paredes, aparecía la segunda, aquella con la que se convertía en el ser más horrible y despiadado del mundo. En la calle, sin embargo, todo cambiaba. Él era un mentiroso aventajado y un gran manipulador que siempre estaba pendiente de lo que los demás pudieran pensar de él. En algún momento comenzó a desconfiar de todo lo que yo hacía, y antes de que lograra aislarme de todo y todos los que significaban algo para mí, llegó incluso a seguirme por la calle, pero eso es algo que solo supe yo, porque siempre se cuidó de guardar las formas para que nadie se diera cuenta de nada.

Pero yo seguí justificándole: una mala racha laboral, el abuso de ciertas drogas mezcladas con alcohol... y aunque la situación era horrible, yo todavía seguí creyendo durante mucho tiempo que la culpa era mía, porque creía a pies juntillas que el problema radicaba en que yo no le estaba apoyando lo suficiente. Y luego, cuando todo eso

se convirtió en nuestro modo de vida habitual, generándose un clima de violencia latente que no dejaba de subir de intensidad, llegó el primer golpe.

Y juro que no lo vi venir.

El puñetazo fue tan fuerte que me partió el labio superior y me lanzó directa al suelo, aunque eso no fue nada frente al terror paralizante que sentí en ese momento, hasta el punto de que decidí quedarme allí tirada sobre el linóleo gris de la cocina, inmóvil, con la sola idea de esperar el siguiente golpe, que seguro habría de venir. Aunque no sería ese día. Aquel día lo único siguiente fue su arrepentimiento vestido de un desconsuelo descomunal. Todo ello cayó sobre mí en forma de lluvia de lágrimas saladas y la promesa de que nunca más volvería a suceder, porque yo era el amor de su vida y sin mí no podía vivir. Le quise creer, y por eso, ahí mismo también supe que para mí ya era demasiado tarde.

Por supuesto, aquella noche mintió.

Y pasaron los años. Hacia el final de nuestra convivencia llegué a temer por mi vida. Cada día, pasaba horas pensando que tenía todas las papeletas para terminar cruelmente asesinada en cualquier momento. Comencé a ser consciente de que más allá del profundo terror que él me inspiraba, la única posibilidad de terminar con esa situación pasaba porque yo dejara de tolerar los malos tratos. Es difícil comprenderlo, y sé que tardé demasiado tiempo, pero al final asumí que él no me quería, porque ninguna de sus acciones podían ser en realidad actos de amor.

Una noche estábamos cenando los dos solos en el salón, como era habitual. Ambos permanecíamos callados, cada cual ensimismado en sus pensamientos, tan distantes el uno del otro como si un invierno de años se hubiera instalado entre los dos. Lejos quedaban ya los tiempos en que manteníamos largas conversaciones que nos podían llevar a alargar durante horas la sobremesa. El eco



de la televisión, donde estaban retransmitiendo las noticias, era el único sonido entre nuestros respectivos silencios.

Aquel día se había producido un nuevo intento de ataque terrorista en el Aeropuerto Charles de Gaulle de París y todo el foco mediático de atención se hallaba centrado allí. Me pareció escuchar que había una víctima mortal, una policía que ejercía labores de seguridad en las instalaciones. De nuevo, un ataque, por fortuna abortado por los cuerpos de seguridad, había bastado para propagar el pánico global a lo largo y ancho de toda Europa. Una Europa, por otra parte, cada vez más asfixiada por las consecuencias de sus actos, ya fuera por acción u omisión. A mí, aunque suena duro, por aquellos días nada de eso me importaba demasiado. En realidad, mientras cenaba solo trataba de adivinar en qué preciso momento cambiaría algo en el entorno que provocaría que él empezara a atacarme de nuevo. Cada noche, me preguntaba que sería lo que ese día le haría saltar y abalanzarse sobre mí. No siempre sucedía, y a veces simplemente se dedicaba a ignorarme y a hacer como que yo no existía, hasta que se cansaba de hacerlo y se marchaba a dormir o a colocarse por ahí. Para mí esos eran los días mejores: aquella noche no hubo suerte.

No recuerdo qué había preparado para la cena. De repente, soltó los cubiertos hecho una furia y agarró su copa, llena de vino, y la lanzó hacia el extremo opuesto de la mesa, justo donde yo estaba. No me alcanzó. Aunque casi siempre me faltaban los reflejos, en aquella ocasión fui capaz de esquivarla con relativa facilidad y, de pronto, me sentí satisfecha, como si yo hubiese ganado una batalla. Algo debió notar el monstruo en mi rostro, porque aquello le enfureció mucho más. Como un resorte, saltó de la silla y vino hacia mí, cargado de ira. Para entonces yo ya sabía que otra vez estaba perdida y que nada ni nadie me iba a librar de otra paliza más.

Hasta que llegó un día en el que ya no pude más.

La última paliza, por supuesto, vino también sin motivo alguno; aunque en realidad los motivos nunca fueron necesarios. Yo había pasado el día entero sola en casa. Nuestra asistenta, que solía realizar las labores domésticas por las mañanas, estaba enferma con gripe y me había llamado la noche anterior para avisarme de que se quedaría guardando reposo en cama. Así que, aquel día, tuve mucho tiempo para pensar y decidir que tenía que cortar por lo sano.

No podía seguir prolongando por más tiempo aquella agonía mientras veía como se me escapaba la vida, o lo que es peor, esperaba a que cualquier día el desalmado viniera a arrebatármela de cuajo. La decisión estaba tomada, aunque por otra parte, llevaba tanto tiempo anclada en aquella situación que no era capaz de vislumbrar de qué modo podía poner fin a todo aquello. Por momentos, imaginaba que recogía mis cosas y me marchaba de aquella casa que me asfixiaba, pero luego mi cuerpo no lograba revestir de vida la secuencia que mi mente iba reproduciendo y me quedaba quieta, como un peso muerto que no se podía mover. Y es que llevaba tantos años sometida y dependiente, que me había acostumbrado de lleno a esa atonía voraz que gobernaba sobre ese ser carente de fe en que me había convertido yo. Y estaba también el miedo, y eso era lo peor, porque una cosa era que yo hubiese tomado la decisión de acabar con todo aquello y otra muy distinta que no me dejara paralizar por el terror que él me infundía.

En un círculo vicioso, imaginé durante toda la tarde que lograba escapar de allí y que dejaba esa vida infeliz, pero al momento me asaltaban imágenes de él yendo a buscarme, y mi sueño, como un castillo en el aire, se desvanecía en la nada porque en mis ensoñaciones, él siempre terminaba encontrándome. Después, veía cómo me humillaba y me pegaba patadas y golpes hasta robarme el

último aliento de vida, y luego llegaba la oscuridad. Todo se volvía negro y supongo que eso era el final definitivo, el momento en el que la muerte venía a buscarme, y quizás hasta se apiadaba de mí.

De tales pensamientos tóxicos era muy difícil escapar. Y llegaba a plantearme que quizás después de todo ese fuera el final más feliz al que pudiera aspirar, aunque todavía habitaba algo diminuto en mí que me impulsaba a pensar que podía salvarme, aunque no supiera cómo. Así pase las horas de aquel día, presa de la dolorosa contradicción en que me sumía tener un deseo claro y no ser capaz de luchar por ello.

Al final, como ocurre muchas veces en la vida, la solución llegaría sola.

Era ya noche cerrada cuando él llegó a casa. En aquel momento, yo estaba sentada en el sofá del salón, y creo que miraba, sin apenas ver, una típica comedia romántica protagonizada por dos de los actores de moda de Hollywood en aquella época. Bajo mi punto de vista, las imágenes que se deslizaban a través de mis ojos conformaban un argumento más propio de película de fantasía que de algo que se asemejara lo más mínimo a lo que en verdad era la vida real. Se suponía que debía reír con las vicisitudes de sus protagonistas y emocionarme con su maravillosa historia de amor, pero nada de lo que se mostraba ante la pantalla me arrancaba siquiera una mínima sonrisa. Aquel malnacido me había robado hasta la alegría de vivir.

No sé bien cómo pasó, pero nada más cruzar el umbral él se abalanzó sobre mí. Durante un instante no lo percibí, pero en cuanto me tuvo entre sus manos me di cuenta de que estaba muy borracho, y por la dilatación de sus pupilas, también supe que venía más puesto de cocaína que de costumbre. Aquel día no hubo gritos, ni palabras malsonantes, ni amenazas previas. Sin mediar palabra alguna, me agarró la cabeza y me estampó contra la pared. Esto no le supuso ningún problema: eran mis poco más de cin-

cuenta kilos frente a sus casi noventa, así que el impacto fue bastante fuerte. Durante un tiempo, desconozco si mucho o poco, me quedé noqueada y casi ida por completo. Pero él todavía no había acabado conmigo, y en realidad, el juego acababa de comenzar. Tenía ganas de más, así que una vez decidió que todavía no era suficiente, tomó mi cara entre sus dos manos enormes y la aplastó sin miramientos contra la misma pared. Yo notaba, además del dolor inicial del impacto sobre mi rostro, que el aire no me llegaba bien a los pulmones, hasta que poco a poco comencé a sentir que me asfixiaba; pero era extraño, porque para entonces yo ya ni siquiera sentía dolor; al menos no del físico, porque el otro, el psíquico, era más difícil de soslayar. Intenté quitármelo de encima, tratando de apartarlo con mis brazos, pero como tantas otras veces no tenía nada que hacer frente a su fortaleza descomunal. Yo para él era un muñeco entre sus manos, y podía hacer de mí cuanto quisiera y todas las veces que se le antojara. Grité, supliqué y arañé, intentando hacer que me soltase, pero nada de eso surtía efecto.

El tiempo me hizo comprender que siempre disfruté viéndome sometida a él, y que en definitiva, mis gritos y mis lamentos no hacían sino excitarle de una forma enfermiza. Cuando al fin se aburrió de aferrarme entre sus brazos, me dejó caer al suelo como un fardo roto, concediéndome unos segundos para recomponerme y dejar que el aire viciado de violencia penetrara de nuevo en mí. Y ahí lo supe. De golpe, decidí que, si no me mataba antes, esa misma noche me largaría.

Es muy complicado recuperar el resuello y al mismo tiempo establecer estrategias de huida del infierno, así que mi plan inicial consistió en la total ausencia de plan de huida sumado a la convicción plena de que lo haría como fuera, aunque no sería todavía, porque él no había terminado conmigo aún.

Quería más.

Sus demonios no paraban y deseaba seguir infligiéndome dolor, así que la siguiente oleada de terror no se hizo esperar, y vino esta vez seguida de una sucesión incontrolada de patadas y golpes que me dejaron otra vez a punto de perder el sentido. Aunque extenuada, ahora que al fin atesoraba la certeza de que iba a ponerle fin a todo aquello, me armé de valor y me prometí no suplicarle nunca más.

Los golpes se sucedieron durante algunos minutos más que a mí se me hicieron eternos, pero el placer de verme doblegada ante él, no se lo concedí. Supongo que eso fue bueno: en cuanto dejó de sentir la supremacía que acostumbraba a ejercer sobre mí, se hartó y se largó hastiado. Y como tantas otras veces, me dejó allí sola y desparramada sobre el parqué, con el cuerpo dolorido y la sensación, pese a la paliza brutal, de que por primera vez, aquella noche no era yo la derrotada. Escaparía.

Fragmento de *Aquello que fue*.

## 2

## Deja que tu éxito haga todo el ruido

En ningún momento durante los veinticinco minutos que tardaron en llegar a su destino, el taxista perdió de vista su rostro a través del espejo retrovisor. Ni Alexandra ni Andreu se sorprendieron por ello; la escritora estaba acostumbrada a deslumbrar, y él, por su parte, se limitaba siempre a acompañarla como si fuera un accesorio más. De este modo, los dos hacían un tándem perfecto.

Para Alexandra aquella era una noche importante. Se celebraba la XXV gala de entrega de los Premios Nívola, considerados como uno de los premios literarios más importantes del país, y nadie que deseara ser reconocido dentro del mundillo querría perderse el evento.

Por aquel entonces Alexandra Nelli era una de las presencias más cotizadas, la escritora de moda, y todos deseaban tenerla en sus actos, presentaciones y entrevistas para los medios de comunicación. Se había convertido en una de las escritoras más renombradas desde la publicación de su primera novela, *Aquello que fue*, que le supuso la entrada al número uno en las listas de obras de ficción

nacionales más vendidas durante meses. De aquello hacía ya casi cuatro años, pero la obra todavía se hallaba situada en lo más alto de la palestra.

Para ella el ascenso hacia la fama había sido meteórico, una de esas extrañas confluencias de circunstancias que, junto a la magnífica estrategia de *marketing* desarrollada por Andreu y la editorial, le habían situado en la cúspide.

Nada más bajar del taxi la pareja acaparó *flashes* y gritos de espontáneos que aguardaban tras las vallas a los invitados a la ceremonia de entrega de premios. Ella se prestó a todos ellos durante unos minutos, hasta que al fin penetraron en el lujoso hotel donde se celebraba el evento. Allí les esperaba el photocall, por el que pasaban tanto el jurado de los premios como los nominados y el resto de invitados, entre los que se incluían escritores, periodistas, políticos y gente del mundo del cine, la televisión o la música. Quizás no eran los premios más prestigiosos, pero sin ninguna duda, eran los más mediáticos. Todo aquel que deseara ser alguien importante entre el famoseo patrio, tenía que estar allí esa noche.

Alexandra se situó en el photocall y posó segura y confiada ante las cámaras de televisión, como si fuera algo que realizase cada día. Después, abrazada a Andreu, se dejó captar por los *flashes* de los fotógrafos acreditados para la ocasión, exhibiéndose sin ningún pudor. Con un vestido largo, negro y sobrio, en contraste a su larga melena rubia de ondas abiertas, Alexandra lucía radiante. La tela iba acompañada de algunos elementos de seda y brillantes, y junto a los pendientes y los zapatos, que como suele ser habitual en este tipo de actos eran prestados por conocidas marcas de lujo, le daban un toque espectacular. Había sido maquillada para la ocasión de un modo sobrio: piel luminosa en tonos bronce, ojos poco marcados y labios en rojo coral; no necesitaba más para lucir espléndida. En conjunto, aunaba estilo, elegancia y clase, y ella, sa-